

muy baja ley, y para que los habitantes recibiesen sin quejarse tan mala moneda, y tan estúpido amo, estaban apuntando á la ciudad los cañones del castillo.

Quise mejor extender mi vista por el campo, y admirar desde lo mas encumbrado de la fortaleza el magnífico cuadro que presentaban á lo léjos el Nilo, el campo, el desierto y las pirámides. Parecia que estábamos tocando con estas, y aun nos hallábamos á cuatro leguas de ellas. Claramente se veian las junturas de las piedras, y la cabeza de la Esfinge que salia de entre la arena; y con el anteojo distinguia claramente los ojos, la boca y las orejas de esta: tan prodigiosa era su magnitud.

Memphis estuvo en las llanuras que se extienden al otro lado del Nilo hasta el desierto donde están las pirámides.

„Estos felices valles que dicen ser la morada de los hombres justos, no son en verdad mas que los hermosos campos que rodean al lago Aquerusia, cerca de Memphis, y que se dividen en campos sembrados de trigo ó de lotos. No sin motivo se dijo que allí habitan los muertos, pues que allí se van á enterrar la mayor parte de los egipcios, cuando despues que han pasado sus cadáveres por el Nilo y el lago, los depositan en fin en sepulcros construidos bajo de tierra en estos campos. Las ceremonias que aun hoy en dia se ejecutan en Egipto, convienen con cuanto los griegos nos dicen del infierno, como la barca donde pasan á los muertos, la moneda que es menester dar al bar-

quero llamado Caron en lengua egipcia, el templo de la tenebrosa Hecate puesto á la entrada del infierno, las puertas del Cocyto y del Lethe, sostenidas sobre quicios de bronce, y otras puertas que son las de la verdad y de la justicia, que está sin cabeza.”

Así habla Diodoro Sículo.

El dia 2 fuimos á Djize y á la isla de Roda, y vimos el Nilómetro en medio de las ruinas de la casa de Murad-Bey, con lo que nos acercamos bastante á las pirámides, que desde allí nos parecian de inmensa altura, y como las veia entre los arrozales, el rio, las copas de las palmeras y sicómoros, parecian colosales edificios levantados en magníficos jardines. La luz del sol, de suave resplandor, doraba la árida cordillera del Moggattam, los arenales líbicos, el horizonte de Sacarah y la llanura de los sepulcros. Un fresco vientecillo empujaba las blancas nubes hácia á la Nubia, y blandamente agitaba las aguas del Nilo. El Egipto me ha parecido el mas hermoso pais de la tierra, me agradan hasta los desiertos que le circuyen, y que abren á la imaginacion los campos de la inmensidad.

Volviendo de este viage vimos la mezquita abandonada de que hablé con motivo del El-Sahera de Jerusalem, y que me parece ser el original de la catedral de Córdoba. Pasé otros cinco dias en el Cairo con la esperanza de ver de cerca y recorrer los sepulcros de los Faraones, pero fué imposible, pues las aguas del Nilo no habian bajado bastante para que se pudiese ir por tierra, ni estaban tan altas que se pudiese uno acercar en

barco. Viendo, pues, que era menester esperar aún tres semanas ó un mes, y temiendo verme precisado á pasar el invierno en Egipto porque iban á reinar los vientos de poniente, con lo que me esponia á no volver á Francia, desistí de mi intento.

Volviendo del Cairo á Roseta, embarcados por el Nilo, estuvimos en grande peligro de ser muertos por los árabes y albaneses que estaban acampados en ambas orillas. Pero habiendo escapado con bastante felicidad, llegamos á Roseta el día 11 á las diez de la mañana. Aún me detuve aquí dos días, y el 13 salí para Alejandría, adonde llegué el mismo día á las siete de la noche. Ya me tenían dispuesto un buque austriaco para pasar á Tunez, pero el mal tiempo dilató nuestra partida por diez días.

Aun logré en Alejandría una de aquellas satisfacciones del amor propio, que tanto lisonjean á los autores, y que tanto me habian envanecido en Sparta. Un turco (\*) rico, viagero y astrónomo, llamado Ali-Bey el Abassy, oyendo mi nombre dijo que conocia mis obras. Fui á hacerle una visita acompañado del cónsul. Al instante que me vió esclamo: *¡Ah, mi querido Atala, y mi querida René!* Ali-Bey me pareció en aquel instante digno de descender del gran Saladino, y aun todavía estoy algo persuadido de que es el turco mas sabio y mas cortes del mundo, aunque no conoce muy bien el género de los nombres en frances.

(\*) Es extraño que el autor no conociese ó supiese que el fingido turco era un viagero español.

Al mismo tiempo que me habia agradado el Egipto, me pareció Alejandría el parage mas triste y solitario de la tierra. Desde el terrado de la casa del cónsul, solo descubria yo un solitario mar, cuyas olas venian á estrellarse contra la costa, que era muy baja, los dos puertos casi sin buque alguno, y el desierto Líbico, que iba á perderse en el horizonte del Mediodía. Este desierto parecia, por decirlo así, extender y aumentar la amarillenta é igual superficie del agua; por manera que se creeria ver un solo mar, cuya mitad era borrascosa y alborotada, y la otra inmóvil y silenciosa. Por todas partes veia confundidas las ruinas de la nueva Alejandría con las de la ciudad antigua. Encontraba de cuando en cuando algun árabe corriendo á galope sobre un asno por entre estas ruinas, y algunos perros flacos devorando á los camellos muertos. Las banderas de los cónsules europeos ondeaban sobre sus habitaciones, brillando los colores ó insignias enemigas en medio de aquellos sepulcros. Algunas veces montaba á caballo con el cónsul, é íbamos á pasearnos á la ciudad antigua, á la Necrópolis, ó al desierto. La planta que da la sosa apénas cubria aquel estéril arenal: los chacales huian al acercarnos nosotros: se oia el importuno chillido de una especie de grillo, que recordaba la morada del labrador en aquella soledad, donde nada os incita á acercaros á la tierra del árabe. Estos parages son tanto mas tristes, quanto que los ingleses inundaron el grande espacio que servia como de jardin á Alejandría; de manera que la vista no

descubre ya mas que arena, agua y la eterna columna de Pompeyo.

Habiéndose levantado un viento favorable el dia 23 de Noviembre al mediodia, pasé á bordo de mi embarcacion, en la que hallé un rabino de Jerusalem, un berberisco, y dos pobres moros de Marruecos que volvian de la peregrinacion de la Meca, y descendian tal vez de los abencerrages. Salimos del puerto á las dos de la tarde; pero como teniamos poco viento, y era de la parte del Mediodia, permanecemos tres dias á la vista de la columna de Pompeyo, que descubrimos al horizonte. La noche del dia tercero se levantó viento de Norte y nos dirigimos al Occidente. Procuramos tomar el canal de Libia, pero el viento se puso al noroeste el 29 de Noviembre, y anduvimos bordeando entre la isla de Creta y la costa de Africa.



## CAPITULO II.

### ASPECTO GENERAL DEL EGIPTO.

**S**E acaba de ver la rapidez con que describe Chateaubriand su viage de Egipto, y para ello dá la razon de que otros viageros han hablado de ese pais; pero advirtiendome que esa tierra es la cuna de la civilizacion, que es tambien antiquísima y llena de los monumentos mas grandes y suntuosos, que allí estuvo Abraham y luego José hijo de Jacob, que allí se establecieron y vivieron los hermanos de aquel, por espacio de doscientos quince años, que allí se multiplicaron indeciblemente y fueron oprimidos por el rey, que el Señor allí por medio de un sabio caudillo hizo prodigios inauditos y formidables, y los sacó para trasplantarlos á la